

“¡Hitler puede ser derrotado en España!” – La izquierda alemana en la guerra civil española

Patrik von zur Mühlen

Hasta el momento actual, la Guerra Civil Española no ha perdido nada de su energía y de su presencia, a pesar de que la hayan eclipsado los horrores de la Segunda Guerra Mundial, de la cual aquella sirvió tan solo de preludio. Esto sigue teniendo vigencia a pesar de que algunos mitos creados en torno al conflicto civil hayan resultado ser leyendas elaboradas durante la guerra, a posteriori o, incluso, hayan formado parte, tan solo, del aparato propagandístico de alguna de las partes beligerantes. El compromiso y el apoyo de escritores, artistas y demás intelectuales en pro de la República española, la participación de miles de voluntarios en la lucha por su defensa, las esperanzas vanas de combatir la dictadura imperante en su propia patria por medio de este compromiso – en un país que los europeos de entonces consideraban fascinante y exótico –, han originado tragedias humanas y políticas de las cuales se deriva una imagen que no deja indiferente a ninguno de los observadores.

No es posible profundizar aquí en las causas y en el trasfondo políticos de la guerra, por otra parte, los mencionaremos en otro momento. El factor desencadenante del conflicto bélico civil fue el golpe de Estado de oficiales reaccionarios bajo el mando del general Franco en contra del gobierno legitimado de la República española, el 18 de julio de 1936. Este gobierno legítimo, que accedió al poder en febrero de 1936, pertenecía al denominado Frente Popular, en el cual participaban socialistas y partidos de izquierda. Con el consentimiento parlamentario de los comunistas, que no contaban con participación gubernamental y, quienes en esa época no tenían mayor incidencia política, este gobierno trató de aplicar una estrategia de reforma con el objeto de mitigar, levemente, el sinnúmero de problemas gubernativos internos y aliviar a los sectores conflictivos de España. Algunos de estos conflictos eran, esencialmente, los siguientes: la situación del sector agrícola, especialmente difícil para el sur; las cuestiones sociales de la clase trabajadora en los centros urbanos; y, finalmente, el problema de la autonomía de Cataluña, el País Vasco y Galicia, no solucionado de manera satisfactoria en el ámbito de la Constitución Nacional. Esta iniciativa de reforma fue boicoteada y bloqueada de diversas maneras por las fuerzas de la derecha. Pero también reinaba la discordia en el seno de la izquierda. Las huelgas masivas eran eventos cotidianos y los atentados y actos violentos dejaban entrever las atrocidades que iban a perpetrarse durante la guerra civil. Diversos partidos y sindicatos, especialmente la influyente federación sindical Confederación Nacional del Trabajo, CNT, fueron determinantes en un ambiente en el que era muy difícil establecer las bases para una política cimentada en el consenso.¹

El golpe de Estado tuvo éxito, sobre todo, en la región norte y en algunas partes del centro y del sur del país. En Madrid, en la región mediterránea y, durante cierto tiempo, en el País Vasco, se mantuvo la resistencia de las fuerzas leales a la República. No obstante, en la mayoría de los casos, esta resistencia no se produjo tanto por causa de la lealtad de los mandos de las guarniciones locales respectivas, sino más bien, debido al asalto de las guarniciones y comisarías de policía por parte de las milicias de trabajadores y el consecuente desarme de las fuerzas militares, la guardia civil y la policía. No obstante, estas milicias de trabajadores, creadas de manera espontánea sobre todo en las grandes ciudades, estaban insuficientemente armadas y carecían de cualquier tipo de adiestramiento militar y de experiencia para el combate. En el momento de planear el golpe de Estado, los generales pensaban que sería una conflagración breve y poco sangrienta que les permitiría dar vuelta atrás a la historia bajo el gobierno militar. Sin embargo, lo que ocurrió fue algo completamente inesperado. En algunas regiones de la República española se desencadenó una

¹ Véase **Walther L. Bernecker**, *Krieg in Spanien 1936–1939*, Darmstadt 1991, ²2005, así como las antiguas reseñas de **Hugh Thomas** y otros, que deben ser ampliamente revisadas, *Der Spanische Bürgerkrieg*, Berlín, 1962; y de **Pierre Broué/Emile Témime**, *Krieg und Revolution in Spanien*, 2 vol., Frankfurt a. M., 1968.

revolución. Se ocuparon fábricas, latifundios, oficinas gubernamentales, empresas y propiedades. Los jefes de oficinas del gobierno fueron asesinados, encarcelados o expulsados, en los casos en que no lograron escapar con anterioridad. Se confiscaron iglesias, conventos y monasterios, los cuales fueron parcialmente destruidos o utilizados para otros fines; en el mejor de los casos, los sacerdotes, los monjes y las monjas fueron expulsados. En algunas regiones, grupos anarquistas establecieron comunas o cooperativas en los terrenos expropiados o en las empresas colectivizadas y se trató de sembrar la semilla de una sociedad sin propiedad privada, sin privilegios y sin ningún tipo de coerciones.²

En las regiones insurrectas de España, especialmente en el norte y el oeste del país, se estableció, bajo el mando de Franco, un régimen autoritario similar al yugo fascista bajo el cual se encontraban Italia y Alemania. Hitler y Mussolini fueron, asimismo, los primeros que intervinieron en la guerra con su apoyo a Franco. A partir de julio de 1936 comenzó el envío de tropas y de material bélico hacia España, en un comienzo de forma clandestina y posteriormente de manera abierta. La legión alemana Cóndor contribuyó de manera decisiva al establecimiento del dominio del espacio aéreo por parte de los militares alzados en armas y el *Corpo Truppe Voluntarie* (CTV) italiano fortaleció considerablemente la potencia de las tropas de infantería. Si bien existen indicios de contactos entre organizaciones de la derecha española y Mussolini, que permiten deducir, al menos, una complicidad, no es posible demostrar la participación de Roma o, incluso, de Berlín, en los planes de Franco para el derrocamiento del gobierno. Más bien, ambos regímenes aprovecharon la oportunidad que se les brindaba de apoyar en España a un sistema que les era próximo, tanto política como ideológicamente, para así lograr que se decantara a su favor, en el aspecto político y en el militar, la constelación internacional de potencias. Además, perseguían, también, intereses económicos de gran envergadura en España.

Abandonada por Gran Bretaña y con un apoyo insuficiente por parte de Francia, la parte republicana pronto estaría recibiendo ayuda, tan sólo, de la Unión Soviética y, en menor medida, de México. La Guerra Civil Española adquirió en poco tiempo el carácter de una guerra de sustitución, en la que, en cierto modo, se anticipaban los frentes de la Segunda Guerra Mundial, pero también el sufrimiento y la miseria inconmensurables que trajo consigo. Este hecho permite comprender por qué los acontecimientos de España conmovieron en aquella época de manera tan especial a los alemanes, pues en Alemania también se produjo esa fisura a lo largo de todo un pueblo. La República, que en los últimos años de la época de Weimar ya no era una democracia operativa, había dejado de existir, a más tardar, en el momento en que Hitler llegó al poder. Los millones de opositores al nuevo régimen fueron acallados en el mejor de los casos; miles de ellos fueron forzados a pasar a la clandestinidad, fueron brutalmente perseguidos y obligados a huir al exilio. Todavía en el año 1933, huyó una gran parte de las elites dirigentes de los partidos de izquierda y democráticos, de los sindicatos y agrupaciones políticas y, sobre todo, intelectuales, científicos y artistas, a quienes siguió muy pronto la emigración en masa de judíos, un éxodo que hasta 1941 implicaría, aproximadamente, a medio millón de personas. Francia, Checoslovaquia y Países Bajos fueron los primeros países de destino en los que se establecieron un número considerable de exiliados.

A España fueron, en principio, muy pocos. En aquellos tiempos, este país se consideraba muy lejano y, en los períodos previos a la guerra civil, no era una opción que representara alguna preferencia para los exiliados debido a su inestabilidad política y a su atraso económico. Tan sólo algunos cientos de personas se establecieron, en su mayoría, en Barcelona, algunos en las islas Baleares y, en menor medida, en Madrid. En cuanto a su composición, estos refugiados

² **Broué/Témime**, *Krieg und Revolution*, tomo 1, p. 123ss, **Thomas**, *Der Spanische Bürgerkrieg*, p. 124ss. **Hans-Christian Kirsch** (ed.), *Der Spanische Bürgerkrieg in Augenzeugenberichten*, Munich 1971. Respecto al anarquismo, véase **Walther L. Bernecker**, *Die Soziale Revolution im Spanischen Bürgerkrieg. Historisch-politische Position und Kontroversen*, Munich, 1977.

no constituían un grupo homogéneo. Los anarcosindicalistas alemanes se concentraron, en su mayoría, en Barcelona, donde el sindicato anarquista CNT tenía su sede y, con frecuencia, les podía facilitar un trabajo. La existencia en Madrid de una célula de la KPD, el partido comunista alemán, es un indicio de la presencia de un pequeño grupo de comunistas alemanes en aquella capital. En las Baleares, sobre todo en Mallorca, existían pequeñas colonias de escritores y artistas exiliados y en las Canarias se encontraban grupos aislados de lo que hoy se denominaría el entorno alternativo. Para todos ellos, España constituía un destino atractivo para exiliarse, porque podía obtenerse con relativa facilidad un permiso de residencia y, además, no se exigía un permiso de trabajo, lo cual suponía una ventaja inmensa frente a todos los demás destinos de exilio. Además, el coste de la vida era bajo, de tal manera que España se convirtió entre los emigrantes alemanes en una especie de destino poco usual pero muy recomendable.³

Tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, el país adquirió un mayor prestigio entre la opinión pública internacional de izquierda y, especialmente, entre los círculos de exiliados políticos alemanes. Y fue Barcelona el lugar elegido como sede de la Olimpiada de los Trabajadores, en contraposición a los Juegos Olímpicos celebrados en Berlín. Miles de trabajadores deportistas, más comunistas que socialistas o socialdemócratas, acudieron a Barcelona en julio de 1936, procedentes de muchos países. También había alemanes, en parte, procedentes del exilio, pero incluso llegaron, por supuesto ilegalmente, procedentes de la propia Alemania para participar en el evento deportivo. Pero tal evento nunca llegó a celebrarse, porque justo antes de la inauguración del mismo se produjo el golpe de Estado de los generales. La guerra civil había comenzado.

Los exiliados alemanes que vivían en España y los deportistas trabajadores internacionales, entre los que también había algunos alemanes, se convirtieron, por tanto, en testigos presenciales del golpe de Estado y de las luchas que se desataron, en consecuencia, en las calles de las ciudades. Muchos de ellos se incorporaron a las milicias anarquistas, comunistas, socialistas y sindicalistas que surgieron espontáneamente, las cuales ofrecieron resistencia contra el ejército español durante las primeras semanas de la contienda. Además, la represión del golpe en amplias zonas del país desató en la opinión pública internacional una ola de solidaridad. Procedentes de varios países llegaron a España masas de voluntarios para incorporarse también a las milicias o bien para ser testigos de una triunfante resistencia antifascista y de lo que muchos consideraban que sería una revolución social liberadora. Si queremos entender esta reacción entusiasta de la opinión pública mundial de izquierda y, especialmente de los emigrantes alemanes, respecto a los acontecimientos de España, debemos tener presente el panorama político que se presentaba en Europa en ese momento. En numerosos Estados de Europa, como Hungría, Italia, Polonia, Portugal, Alemania y Austria, se habían constituido dictaduras de derecha sin encontrar grandes resistencias para ello. Desde hacía varios años se estaban recibiendo noticias, tan sólo, de las derrotas sufridas por la democracia. Y España, sin embargo, había sido el único país en el que las masas populares con un armamento deficiente, habían conseguido aplastar, en gran parte del país, el levantamiento de un ejército muy bien armado. España se convirtió para muchos antifascistas en fuente de esperanza y euforia, sobre todo para los alemanes, en cuya patria habían llegado ya al poder los nacionalsocialistas. Escritores en el exilio, como Thomas y Heinrich Mann hicieron un llamamiento de apoyo para la República española; y las ejecutivas de los partidos y agrupaciones políticas alemanas que se habían marchado al exilio, declararon la guerra contra Franco, como una guerra de sustitución contra Hitler. “Frente a las puertas de Madrid se puede derrotar a Hitler y a Mussolini” era una consigna que se oía con frecuencia.

³ Sobre España como destino para los exiliados comp. **Patrik von zur Mühlen**, *Spanien war ihre Hoffnung. Die deutsche Linke im Spanischen Bürgerkrieg 1936 bis 1939*, Bonn, 1983, pp. 33–38 (edición de bolsillo Bonn, 1985, pp. 39–44), y **el mismo**, *Fluchtweg Spanien-Portugal. Die deutsche Emigration und der Exodus aus Europa 1933-1945*, Bonn, 1992, pp. 56-64.

Sin embargo, muchos simpatizantes de la República española en su romanticismo izquierdista y revolucionario, pasaron por alto los aspectos oscuros de la contienda, los actos violentos cometidos por ambos bandos, incluidas las fuerzas antifascistas, contra sus enemigos, tanto enemigos reales como supuestos. Estaban ciegos ante las fuertes contradicciones internas en el bando antifascista, que muy pronto estallaron y supondrían una carga incalculable para la República a lo largo de toda la guerra.

En esa época, el carácter de la guerra en España era motivo de disputa en el seno de la República. Una gran parte de la opinión pública republicana española y del público antifascista internacional veía en la contienda lo que ilustraba el poeta español Rafael Alberti de manera fantasmagórica, como el drama contemporáneo, en *Una noche de guerra en el Museo del Prado*: los empleados del famoso museo madrileño descuelgan de las paredes, durante la noche, las obras de los grandes maestros para protegerlas de los ataques aéreos nocturnos de las tropas de Franco. Cuando llegan a la sala en la que están expuestas las imágenes de Goya sobre el levantamiento de los españoles contra la ocupación napoleónica, de repente, las figuras representadas cobran vida y abandonan los lienzos para iniciar una conversación con los empleados, en cuyo transcurso constatan la similitud de las situaciones políticas de 1808 y 1936.

Lo que apuntaba Alberti con su visión poética era la suposición de que la guerra en España había sido incitada por Hitler y Mussolini para iniciar aquí, en un frente muy amplio, una contrarrevolución global fascista. Se comparaba a Franco con José Bonaparte y a Hitler y Mussolini con Napoleón que, como era de todos sabido, había penetrado en España en 1807 para sentar allí en el poder a su hermano José, cual dócil marioneta. Ni qué decir acerca de la versión que la derecha de España defendía: una interpretación totalmente distinta de los hechos. Consideraba la guerra como un problema exclusivamente español, un acto de legítima defensa contra el caos reinante y una cruzada contra el “peligro rojo”, con lo cual se evocaban imágenes de la Reconquista.⁴

Pero de la imagen que se difundió entre la opinión pública mundial de izquierda y la demócrata liberal, en la que la contienda se describía como una guerra intervencionista, punto de vista que desató muy pocas controversias, se derivaron diversas conclusiones sumamente polémicas. Mientras que los anarquistas y las fuerzas revolucionarias de izquierda consideraban que la guerra había sido provocada desde fuera, pero que con la resistencia al golpe se había convertido en una transformación violenta y revolucionaria de la sociedad, los comunistas se negaban a aceptar esta situación y proclamaban la “guerra nacional revolucionaria”, es decir, una defensa ante la intervención externa y, al mismo tiempo, una transformación de un país atrasado, de corte feudal y clerical, en un Estado moderno: en cierta medida, una copia tardía de la revolución ciudadana ocurrida en Francia en 1789. Ésta también era la versión “recomendada” encarecidamente, o sea, de manera vinculante, por el Komintern a los camaradas españoles.⁵ Por tanto, las alternativas opuestas eran “República popular o revolución”. También, respecto a la futura República que pretendía instaurarse después de vencer a Franco existían conceptos diferentes. Los pequeños partidos burgueses, por ejemplo, los que existían durante la República, difundían un programa de reforma moderado, mientras que los nacionalistas vascos y catalanes, de corte más bien conservador-liberal, abogaban por una autonomía cultural propia en una España de estructura federalista. Tan sólo con el final de la Unión Soviética en 1991 y con la desaparición, en gran medida, de los partidos comunistas del panorama político de España y de Europa, se ha logrado restar virulencia a esta controversia. Hoy en día y con una distancia de 70 años, podemos interpretar la guerra de España sin luchas de trincheras ideológicas. Se trataba tanto de una guerra civil

⁴ Mühlen, *Spanien war ihre Hoffnung*, p. 23ss (Tb p. 26s).

⁵ Comp. Rainer Huhle, *Die Geschichtsvollzieher. Theorie und Politik der Kommunistischen Partei Spaniens*, Gießen, 1980. Frank Schauff, *Der verspielte Sieg. Sowjetunion, Kommunistische Internationale und Spanischer Bürgerkrieg*, Frankfurt a. M., 2004, p. 124ss.

interna como de un conflicto internacional, sobre todo desde el momento en el cual se produjo la intervención masiva de Alemania y de Italia en favor de Franco y de la Unión Soviética en favor de la República. Desde luego, la guerra de España poseía elementos característicos de una revolución proletaria y de una lucha de clases violenta en el ámbito regional. Pero, al mismo tiempo, era una cruzada y una guerra de fe y, también, un conflicto internacional en el que se anticipaban, en parte, los frentes de la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, se trataba de una guerra de sustitución y del preludio de una catástrofe de dimensiones aún mayores, que tuvo lugar de 1939 a 1945. Las diferencias en la interpretación de la guerra de España se derivan del hecho de que se recalca solo *un* aspecto y al mismo tiempo se ignoran los otros. Y el grave conflicto que asoló a España era además, por supuesto, una guerra civil, es decir, no sólo una agresión de militares reaccionarios contra las masas populares, sino una guerra entre colectivos del pueblo español, pues también las fuerzas en las que se apoyaba Franco contaban en determinadas regiones de España con un cierto respaldo de las masas, por ejemplo, en Navarra y en Castilla La Vieja. Un hecho incómodo que, en gran medida, no era aceptado por los grupos de izquierda.

Estas interpretaciones, en buena parte complicadas y problemáticas, eran bastante ajenas a la mayoría de los extranjeros, incluidos los alemanes, que se implicaron por la causa de la República o de la revolución. De hecho, a consecuencia de las constelaciones políticas caóticas y cambiantes casi a diario, su nivel de información era ya, de por sí, muy incompleto, tanto más cuanto que, probablemente, muy pocos de ellos disponían de conocimientos suficientemente amplios del idioma español, como para comprender e interpretar en toda su magnitud los comunicados, los rumores y la propaganda. Para ellos, lo primero y lo principal era luchar contra Franco quien, en su opinión, era una marioneta de Hitler. Esta imagen se reforzó cuando, a finales del verano, se filtraron informaciones que pronto fueron confirmadas, sobre la operación de la Legión Cóndor alemana a favor de Franco.

Ya el 18 de julio de 1936, un día después del golpe de Estado, se organizaron algunas docenas de anarcosindicalistas alemanes en el “Grupo Erich Mühsam” y marcharon a luchar con las milicias de sus correligionarios españoles. Un grupo judío-comunista, el llamado “Grupo Thälmann”, participó en los combates que se produjeron en Barcelona.⁶ Unas dos semanas después del inicio de estos combates empezó a llegar a España un flujo de emigrantes alemanes procedentes de Francia, en su mayoría comunistas, que formó la “Centuria Thälmann”. Los simpatizantes de la fracción más izquierdista segregada de la socialdemocracia alemana, el Partido Socialista de los Trabajadores, SAP, a la que por aquel entonces pertenecía Willy Brandt, junto con los del disidente Partido Comunista de Oposición, KPO, formaron una pequeña unidad dentro de la “Columna Lenin”, constituida por el partido izquierdista español Partido Obrero de Unificación Marxista, POUM. Muchos de estos voluntarios cayeron en los primeros días durante las luchas callejeras o en el frente de Aragón.

Los alemanes que luchaban del lado de los antifascistas o que se solidarizaban con ellos solían recibir la interpretación de los acontecimientos políticos de parte del partido o de la organización española a la que se sentían más próximos ideológicamente. Los afiliados y simpatizantes del SAP y el KPO trabajaban en la central del POUM, un partido socialista de izquierda o disidente comunista que era difamado como “trotskista” por motivos de denuncias, por parte de los comunistas sumisos a Moscú, o bien luchaban en las milicias del POUM. Este último, que en su interpretación de la guerra se situaba cerca de los anarcosindicalistas, creía que el aplastamiento del golpe de Estado en muchos puntos de España había desatado una revolución proletaria que, siguiendo el modelo de Rusia después de 1917, debía extenderse mediante la guerra civil. En cuanto a las consecuencias concretas para la política interior, esto significaba que el POUM rechazaba de plano la política de frente

⁶ Arno Lustiger, *Schalom Libertad. Juden im Spanischen Bürgerkrieg*, Frankfurt a. M., 1989.

popular practicada por los comunistas, es decir, la alianza con socialistas y fuerzas de la izquierda burguesa.

También, los simpatizantes alemanes del POUM que se quedaron en Barcelona como representantes de sus partidos adoptaron esta postura. El pequeño grupo de afiliados alemanes del KPO comparaba la relación entre el POUM y los comunistas con la existente entre los bolscheviki y los menscheviki. Según su opinión, los comunistas oficiales españoles habían traicionado la revolución. No obstante, reprochaban a la contraparte española de su partido el que no hubiera exigido el fin del dominio colonial español en Marruecos y el hecho de que no hubiera proclamado la dictadura del proletariado como instrumento necesario para una transformación revolucionaria. Sin embargo, aún más crítica resultaba la postura de los afiliados del SAP frente a sus correligionarios españoles. Por ejemplo, el representante oficial del SAP frente al POUM, Max Diamant, veía claramente las consecuencias problemáticas de este tipo de postura. Una orientación revolucionaria haría que las fuerzas republicanas pero no revolucionarias se pasaran al bando de Franco o bien tendrían que ser reprimidas, lo cual desataría una guerra civil dentro de la propia República, con lo cual le estarían facilitando las cosas a Franco. También Willy Brandt, que residió en España entre febrero y junio de 1937 en calidad de funcionario del SAP, criticó la postura del POUM objetando a esta posición el hecho de que aunque la guerra civil había detonado en gran parte del territorio una revolución social, su carácter se había transformado, hacía ya mucho tiempo, convirtiéndose en una guerra intervencionista o de independencia.

En vista de estas diferencias, estaba claro que iba a producirse una ruptura. La ejecutiva del SAP en Londres condenó al POUM calificándolo de “ultraizquierdista y sectario”. Por otra parte, algunos miembros del SAP abandonaron su partido en señal de fidelidad al POUM. Fundaron el grupo *Neuer Weg* (Nuevo Camino) que, al igual que el POUM, quedó proscrito a partir de la primavera de 1937.

En las primeras semanas y meses de la guerra civil, España también se convirtió en un ejemplo a seguir para otra orientación política: los anarcosindicalistas. Su agrupación más relevante en Alemania, la *Freie Arbeiterunion Deutschlands* (Unión Libre de los Trabajadores de Alemania), FAUD, llegó a tener hasta el momento de su supresión por parte del régimen nazi, unos 3000 afiliados, mientras que la poderosa organización sindical CNT contaba con más de un millón. En ningún otro país del mundo el anarquismo tuvo tanta fuerza e influencia como en España, hasta el punto de convertir a este país durante los primeros meses de la guerra civil en “La Meca” del anarquismo internacional. Por eso, el juicio de los anarcosindicalistas alemanes que se hallaban en España y que se convirtieron en testigos presenciales de las primeras semanas de la guerra civil oscilaba, por tanto, entre la fascinación sorprendida y el entusiasmo eufórico respecto a un pueblo cuya espontaneidad fue capaz de generar tantas energías revolucionarias. Entre 100 y 200 alemanes se incorporaron a las milicias anarquistas. Los teóricos anarquistas creían sentir el aliento de la historia: si no hubieran sido ateos convencidos, podría decirse que sintieron el roce del manto divino. España era para ellos la chispa que iba a prender un incendio revolucionario en todo el orbe para hacer surgir así, de las cenizas, el ave fénix de un nuevo mundo; un mundo en el que no existirían la opresión, el dominio ni la desigualdad. Con el mismo entusiasmo utópico veían también los proyectos sociales que los anarquistas llevaban a cabo en algunas “zonas liberadas”: cooperativas agrícolas y comunidades de producción municipales con diversos modelos de auto administración y cogestión. En opinión de los alemanes y otros correligionarios extranjeros, los españoles estaban llamados a descubrir tierras nunca antes exploradas en lo político y en lo social.

El desencanto solo llegó hasta pasados unos meses. Debido a su rechazo, por principio, de cualquier forma de estructura estatal, pero teniendo en cuenta la necesidad que había surgido como consecuencia de la guerra, los anarquistas participaron con reticencias en el gobierno de la República española, así como en el gobierno regional catalán; y allí se vieron confrontados

con problemas que no podían solucionarse con entusiasmo revolucionario, sino sólo con buenas enmiendas administrativas. En este proceso se enfrentaron a más de un dilema. El intelectual anarquista alemán Helmut Rüdiger puso el dedo en la llaga: ¿qué hacen los anarquistas con el poder que, por una parte, quieren erradicar y, por otra, necesitan para lograr sus objetivos? ¿Qué iba a pasar con los trabajadores que no apoyaban completamente a la CNT, pero a los cuales la CNT tampoco quería oprimir para no convertirse en un partido dictatorial? Rüdiger extrajo la siguiente consecuencia desencantada: “El anarquismo ha aprendido algo nuevo. Ha aprendido que tiene que existir un poder público organizado que disponga de los medios para imponerse, si ello fuera necesario.”⁷

A medida que aumentaban las dificultades para sus camaradas españoles, iba creciendo también el escepticismo entre los anarquistas alemanes respecto a la CNT. Lo que en un principio calificaron de espontaneidad, les parecía ahora activismo ciego e irreflexivo; lo que al comienzo consideraron una osada utopía, resultó ser pura desconexión con el mundo real. Sobre todo, reprochaban a sus amigos españoles el egocentrismo nacional, es decir, que se negaran a aprender con base en los consejos y experiencias de sus camaradas extranjeros. Antes de que se produjera la ruptura, en la primavera de 1937 se inició una ola de persecución contra los comunistas en la que sucumbieron tanto afiliados de la SAP y de la KPO como anarcosindicalistas alemanes. Más adelante trataremos más en detalle estos acontecimientos de la política interior.

La relación de la Democracia Social Alemana (cuya ejecutiva tuvo su sede hasta 1938 en Praga, en el exilio de Checoslovaquia) con la guerra de España y con su equivalente entre los partidos españoles, el Partido Socialista Obrero Español, PSOE, se caracterizaba más bien por el desinterés y la ignorancia; aunque había socialdemócratas alemanes aislados que fueron a España por decisión propia, que trabajaron como funcionarios del PSOE, o bien que se incorporaron a la lucha armada en defensa de la República. Pero la ejecutiva del Partido no entendía los problemas internos de España ni concedía la importancia necesaria al significado internacional del conflicto. Esta ejecutiva se manifestó en contra de la intervención de Hitler en España y protestó contra la destrucción de Guernica y Almería a consecuencia de las bombas alemanas. Sin embargo, a diferencia de los camaradas italianos, el Partido no creó ninguna oficina de enlace en su contraparte española y en sus manifestaciones públicas España estaba siempre en un segundo plano. Uno de los motivos para esto era, probablemente, el hecho de que la situación en España resultaba demasiado confusa e incomprensible para implicarse en ella. Y, además, debe tenerse en cuenta el hecho de que la vertiente izquierdista de los socialistas españoles, a la que pertenecía también el primer ministro Francisco Largo Caballero, coincidía en algunas cuestiones con los anarquistas y el POUM, con lo cual resultaba demasiado radical para los socialdemócratas alemanes, mientras que el ala derecha moderada de los socialistas colaboraba de manera demasiado estrecha con los comunistas. La relación entre el SPD y el PSOE, por tanto, estuvo marcada por los malentendidos. Representantes aislados de la socialdemocracia alemana que se solidarizaron con el PSOE o con un ala concreta del mismo, no actuaban en función de los deseos del Partido y, por lo general, incluso, lo hacían en contra de la voluntad de la ejecutiva del mismo.⁸

Así las cosas, de los partidos importantes para la Guerra Civil Española, quedan todavía los comunistas; aunque en este caso es difícil reconocer una posición específica entre los comunistas alemanes, dado que su imagen política de España, sus informaciones y las indicaciones para las decisiones que tomaban les llegaban básicamente de Moscú, al igual que al resto de las agrupaciones comunistas. Su imagen sobre las raíces y el trasfondo del conflicto se correspondía con los patrones de razonamiento ya descritos aquí, que eran los que

⁷ Cita de **Mühlen**, *Spanien war ihre Hoffnung*, p. 83 (Tb p. 96).

⁸ Sobre la temática del SPD en el exilio y el PSOE, compárese también la contribución de Frank Schauff en esa misma obra.

propagaban, también, sus camaradas españoles: la guerra era una revolución burguesa contra las estructuras absolutistas tardías, feudales y clericales y al mismo tiempo constituía una guerra nacional de independencia contra las potencias alemana e italiana, las cuales, con su intervención, intentaban, precisamente, evitar que se produjera dicha revolución. Las actividades revolucionarias de anarquistas, del POUM y, en parte también, de los socialistas de izquierda, se consideraban, por tanto, puro aventurerismo activista. El Komintern exigió a los comunistas españoles, con urgencia y de manera insistente, “no aspirar a instaurar la dictadura del proletariado, pues ello supondría un error de fatales consecuencias. [...] actuad bajo la bandera de la defensa de la República, no os alejéis de la posición del régimen democrático en España [...]”.⁹

Esta interpretación de la situación española por parte del Komintern y de los partidos comunistas no sólo correspondía con un determinado análisis ideológico¹⁰, sino que además tenía su origen en intereses muy concretos. El Partido Comunista Español, PCE, y su equivalente catalán, el PSUC, habían sido, hasta tan sólo pocos meses antes del inicio de la guerra civil, unas formaciones relativamente pequeñas e insignificantes; sólo después del comienzo de la contienda empezaron a situarse más cerca del centro de poder, entre otras cosas, gracias a la ayuda del Komintern y de la Unión Soviética a la República. No obstante, ambos se mostraban escépticos frente al cariz revolucionario de los acontecimientos, aunque por diferentes motivos de política exterior.

A esto se sumaba un aspecto táctico. Debido a una concepción vanguardista de sí mismos y a su aspiración de mando dentro del movimiento obrero, los comunistas no podían reconocer como revolución proletaria a aquellas convulsiones sociales que se estaban produciendo al principio de la guerra civil en parte del país, simplemente porque no habían sido originadas y orquestadas por ellos mismos. Además, de manera muy rápida reconocieron la situación en que se hallaba la República debido a la guerra, la cual era, más bien, opuesta a una evolución revolucionaria. No puede llevarse a cabo una contienda permanente durante meses o, incluso, años, con unas milicias entusiasmadas frente a un ejército regular organizado y fuertemente armado. No puede mantenerse la producción de guerra al mismo nivel o, incluso, incrementarla, al menos en el ámbito industrial, cuando al mismo tiempo se está experimentando con modelos de cooperativismo o de bien común. Y, sobre todo, no puede llevarse a cabo una revolución que cuenta con el apoyo de una parte numéricamente limitada, aunque muy activa, de la población.

La consecuencia de todo ello fue que los comunistas españoles y catalanes, de manera independiente de su fraseología y propaganda pseudo revolucionaria, practicaron una política intencionadamente no revolucionaria. En aquellos lugares en los que obtenían el poder, devolvían a sus propietarios originales las pequeñas y medianas explotaciones expropiadas y colectivizadas; adoptaron también, en parte, una postura de protección a la Iglesia y abogaron insistentemente en favor de un ejército regular en lugar de las milicias voluntarias, cuya efectividad iba en declive. La gran afluencia hacia el Partido Comunista, que se estaba presentando como agrupación moderada y cuyo número de afiliados se multiplicó por diez en unos pocos meses, procedía en gran parte de la pequeña burguesía, la cual temía que se produjera una revolución social con los anarquistas a la cabeza. Los comunistas se fueron convirtiendo, con la ayuda soviética e internacional, en la agrupación más fuerte de la República, no como poder revolucionario sino como instancia de establecimiento del orden. Los voluntarios alemanes e internacionales que se incorporaron a las milicias en el verano de 1936, probablemente no detectaron la transformación de tales constelaciones políticas. Es muy posible que sus conocimientos deficientes o inexistentes del idioma y del país, así como su integración a la ideología correspondiente, además del flujo de información marcado por la propaganda de guerra y la censura, les impidieran realizar un análisis diferenciado de la

⁹ Cita según **Schauff**, *Der verspielte Sieg*, p. 124.

¹⁰ Igualmente, p. 88ss.

situación. Solo hasta el invierno de 1936-1937 y, en mayor medida, desde la primavera de 1937, fue cuando los voluntarios extranjeros más astutos empezaron a sentir una cierta transformación en la política interior de la República española. Pero con esto, la descripción está adelantando acontecimientos.

Volvamos antes a la actuación de los voluntarios internacionales y alemanes que lucharon en las filas de las diversas milicias al momento del estallido de la guerra civil. En otoño de 1936 se produjo una segunda ola, numéricamente mucho más importante, de voluntarios que acudían a España. El trasfondo de dicha afluencia era la decisión de la Unión Soviética de implicarse, primero de manera velada aunque después ya abiertamente, en la guerra de España. Con ayuda del Komintern y de los partidos comunistas y de organizaciones nacionales correspondientes en cada uno de los países, se desplegó una propaganda masiva en favor de la participación de voluntarios en España. Mientras las pequeñas unidades internacionales se habían formado en los primeros días y semanas de la guerra civil, en su mayoría de manera espontánea, ahora se estaba desarrollando una campaña propagandística en el ámbito europeo y se empleaba un mecanismo integrado de reclutamiento. Ya entre julio y agosto de 1936, los representantes del Komintern y de la Internacional Sindical Roja (comunista) en Praga habían constituido un fondo de ayuda a España y, al mismo tiempo, se tomaba la resolución de constituir un cuerpo internacional de voluntarios formado, en un principio, por 5000 hombres. Pocos días más tarde se formó bajo los auspicios de la Ayuda Roja Internacional en París un comité de ayuda a España, que también abrió oficinas en numerosos países de Europa.

El propio Stalin se mostró, en un principio, escéptico frente al envío de cuerpos de voluntarios bajo el liderazgo comunista, pero después, progresivamente, fue convencido por el presidente francés del partido comunista, Maurice Thorez, y por el secretario general del Komintern, Georgi Dimitrov, acerca de las ventajas de una participación de este tipo.¹¹ Así, la Unión Soviética no tenía que exponerse exportando sus propias tropas al exterior, lo que habría supuesto un riesgo de implicaciones diplomáticas. Las unidades previstas debían ser formalmente independientes de formaciones políticas, aunque de hecho fueran lideradas por los comunistas, lo cual habría subrayado la aspiración de vanguardia de los comunistas. Y la participación propagandística y material a favor de la República española estaba destinada a aumentar en la opinión pública de izquierda el prestigio de los comunistas que, tras los numerosos cambios de rumbo y los errores cometidos en los últimos años, se había mermado de manera sensible. Y para Stalin contaba, además, otra reflexión estratégica adicional: con la creación de unidades internacionales podía librarse de gran parte de los emigrantes comunistas alemanes, austriacos y de otras nacionalidades que habían encontrado asilo en la Unión Soviética y a los que consideraba un factor de inseguridad y no quería como testigos de las sangrientas purgas que había iniciado en esa época.

También, la cúpula de la República española, tanto el Presidente como el Primer Ministro, dudó en un principio acerca de si dejaba operar en su territorio a unidades extranjeras de grandes dimensiones, cuando al mismo tiempo otras instancias españolas estaban buscando por otro lado ayuda externa. En cualquier caso, no intentó frenar esta iniciativa. Como la Unión Soviética era, aparte de México, el único país que les había suministrado armas desde octubre de 1936, una actitud negativa habría tenido, posiblemente, consecuencias nefastas. Cuando el 22 de octubre el gobierno aprobó oficialmente la formación y el envío de brigadas internacionales, éstas ya se encontraban en plena formación desde agosto de 1936. En Albacete, al sudeste de Madrid, se creó la central y en los alrededores se establecieron los campamentos de instrucción y los cuarteles. El 13 de octubre llegó a España una primera unidad procedente de Francia. Como en esa época las tropas de Franco estaban iniciando el

¹¹ Comp., igualmente, p. 180.

cercos de la capital, tres semanas más tarde se enviaron a Madrid los primeros elementos de tropa de las Brigadas Internacionales.¹²

En octubre de 1936, entre los primeros voluntarios, unos 4000 aproximadamente, se formaron cuatro batallones divididos, básicamente, en función de las nacionalidades y grupos lingüísticos que, por lo general, se bautizaban con el nombre de algún líder político o de alguna figura simbólica. El batallón “Edgar André”, en honor de un luchador de la resistencia ejecutado en Alemania, se componía fundamentalmente de alemanes, austriacos, holandeses, flamencos y escandinavos; otros batallones estaban conformados por franceses y valones, o bien italianos e ítalo-suizos; y uno de ellos se componía de polacos, checoslovacos, yugoslavos y miembros de otras nacionalidades eslavas y de Europa central y del este. De estos cuatro batallones se formó la denominada XI Brigada, a la cual siguieron pronto otras cuatro. En el transcurso de varias reorganizaciones, la mayoría de los germanoparlantes fue congregada con otros voluntarios de lenguas similares en la XI Brigada; y también, el resto de las brigadas intentó agrupar, en la medida de lo posible, a voluntarios del mismo idioma o de idiomas similares. Ninguna de estas unidades era realmente homogénea: unas habían sido formadas arbitrariamente y en todas había elementos minoritarios que pertenecían a otro grupo lingüístico.

Además, se formaron también las brigadas mixtas, que desde un principio estaban compuestas por españoles y extranjeros. Como consecuencia de la gran cantidad de bajas en los frentes y del flujo decreciente de voluntarios a partir de 1937-1938, las unidades “clásicas” de las Brigadas Internacionales se fueron llenando cada vez más con españoles a lo largo de la guerra civil, de modo que al final de la contienda las Brigadas Internacionales se componían en un 60 por ciento, aproximadamente, de españoles. Además, en las unidades regulares del ejército republicano se encontraban, también, batallones compuestos por voluntarios. A ello se sumaban tras el frente, las unidades de partisanos de composición internacional y las unidades especiales en los ámbitos sanitario y de industria de guerra. Numerosos extranjeros sirvieron también como soldados y como oficiales del ejército regular español.

La dimensión numérica de las Brigadas Internacionales es motivo de controversia desde la guerra de España y las estimaciones suelen correlacionarse con el bando político del que proceden. La propaganda franquista hablaba de “100 000 bolcheviques internacionales”; los libros de historia comunistas redujeron esta cifra a un total de 12 000; mientras que los estudios de una orientación menos política consideraban que habían sido entre 40.000 y 45.000 voluntarios internacionales; sin embargo, el volumen existente en un momento dado, probablemente nunca superó los 15 000 debido a la fuerte fluctuación.

Todos coincidían en que los franceses eran, sin duda, el grupo más numeroso, aunque a él se atribuían también los extranjeros que vivían en Francia, sobre todo polacos. También los italianos y los polacos constituían contingentes importantes. La proporción de alemanes fue durante mucho tiempo una cuestión por resolver mediante investigación histórica. Las cifras aceptadas durante un largo período ascienden a unos 5000 alemanes y 2000 austriacos pero, en función de los archivos de la antigua RDA, ahora accesibles, tienen que corregirse de manera importante hacia abajo. Hoy en día se supone que fueron menos de 3000 alemanes y algo menos de 900 austriacos. En la medida en que estaban vinculados u organizados políticamente, los comunistas constituían una mayoría clara que oscilaba entre el 60 y el 80 por ciento en función del corte del ámbito estudiado; menos del 15 por ciento era

¹² De las numerosas publicaciones sobre las Brigadas Internacionales citamos aquí de modo ilustrativo: **Andreu Castells**, *Las Brigadas Internacionales de la guerra en España*, Madrid, 1974. **Vincent Brome**, *The International Brigades. Spain 1936-1939*, Londres, 1965. **Klaus Hommel**, *Die Internationalen Brigaden im Spanischen Bürgerkrieg*, Regensburg, 1990. **Verle B. Johnston**, *Legions of Babel. The International Brigades in the Spanish Civil War*, Londres, 1967. **Klaus-Jörg Ruhl**, *Die Internationalen Brigaden im Spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*, Militärgeschichtliche Mitteilungen XVII (1975), pp. 212-224. Y como estudio más reciente comp. **Angela Berg**, *Die Internationalen Brigaden im Spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*, Essen, 2005.

socialdemócrata, otros pertenecían a otros partidos o agrupaciones como los anarcosindicalistas, el SAP o el KPO, e incluso tenían un trasfondo político burgués. Una gran parte de ellos procedía del exilio pero, aproximadamente, un tercio de los voluntarios llegaba desde Alemania a España viajando ilegalmente, en circunstancias, casi siempre, aventureras y temerarias.

Es notable el número relativamente elevado de escritores que luchó en las Brigadas Internacionales o que se convirtió, en calidad de periodistas y corresponsales, en testigo contemporáneo de los avatares de la guerra. Nombres como Ernest Hemingway, André Malraux y George Orwell han perdurado hasta hoy. La mayoría de los autores alemanes, sobre todo comunistas, ha caído en gran medida en el olvido: los nombres de Ludwig Renn, Bodo Uhse, Hans Marchwitza y Willi Bredel se conservaron en el recuerdo durante algún tiempo en la RDA, mientras no cayeron en desgracia, como Gustav Regler, por motivos políticos. Sus experiencias y vivencias han inspirado más de una novela o relato, dejando constancia de su imagen de la Guerra Civil Española.

La evolución de la política interior de la República, como ya se ha dicho, era, probablemente para la mayoría de los voluntarios alemanes e internacionales, un texto indescifrable. Sin embargo, ellos también sintieron determinados cambios en el clima reinante durante el primer invierno de la guerra. La solidaridad antifascista, mostrada antes en todos los partidos y organizaciones del bando republicano, fue sustituida por una propaganda comunista de acritud creciente contra el POUM. A sus milicias se les reprochaba primero, el fracaso en el frente; después y cada vez más, se les acusaba de traición e, incluso, de complicidad con Franco. El verdadero objetivo de esta conducta eran en realidad los anarquistas que, no obstante, aún tenían la fuerza suficiente como para que los comunistas no osaran atacarlos abiertamente, sino que, en cambio, se dedicaran a atacar a sus aliados más pequeños.

En mayo de 1937, un tiroteo provocado por los comunistas en Barcelona sirvió de excusa para prohibir el POUM y disolver sus milicias. El Primer Ministro socialista de izquierda, Francisco Largo Caballero, fue sustituido algunas semanas después por el socialista de derecha Juan Negrín, quien junto con los comunistas arrinconó a la fracción izquierdista de los socialistas y a su sindicato UGT. Poco a poco, también los anarquistas fueron quedando cada vez más al margen. En junio de 1937 se inició una oleada de detenciones contra incómodos enemigos políticos, preparada con todo detalle y ejecutada por la policía secreta republicana, cuya cúpula estaba dirigida por los comunistas. Las víctimas de esa acción fueron, también, simpatizantes alemanes e internacionales del POUM, los anarquistas y varios socialdemócratas y miembros de agrupaciones de izquierda no comunistas.¹³

Las purgas llegaron también a las Brigadas Internacionales. Muy poco después de que estallara la guerra civil, todos los partidos y organizaciones antifascistas habían creado sus propios servicios de seguridad para evitar la infiltración de simpatizantes franquistas. Sin embargo, la policía secreta, dirigida por los comunistas, perseguía de igual forma a rebeldes de entre sus propias filas, a izquierdistas disidentes y a simpatizantes de partidos y organizaciones de izquierda que no eran de su agrado: una política que incluía también a los extranjeros. Por fuentes accesibles del presente sabemos que, aproximadamente, unos 200 brigadistas alemanes, es decir, menos de una décima parte, estuvieron temporalmente en prisión, aunque más o menos la mitad de ellos fue castigada por motivos disciplinarios, como embriaguez en servicio, peleas e insubordinación. Los casos de desertión fueron castigados duramente, en algunos pocos casos, incluso, con fusilamiento militar. Tan sólo unas 25 personas fueron acusadas de espionaje, sabotaje y cargos similares típicos del aparato de persecución estalinista.¹⁴

¹³ **Mühlen**, *Spanien war ihre Hoffnung*, pp. 143–177 (Tb p. 164–204).

¹⁴ **Michael Uhl**, *Mythos Spanien. Das Erbe der Internationalen Brigaden in der DDR*, Bonn, 2004, pp. 76–95, aquí p. 81.

Si los detenidos tenían suerte, se expulsaban hacia Francia después de varios meses de detención. Pero en muchos casos, sobre todo los simpatizantes alemanes de la CNT y el POUM, sufrieron un terrible periplo por diversos sótanos de tortura y “checas” y acabaron, en su mayoría en el verano de 1938, en los campos de concentración de la rama militar de la policía secreta, el Servicio de Investigación militar, SIM, encargado desde agosto de 1937 de la supervisión de las Brigadas Internacionales. Las circunstancias de su liberación constituyeron entonces una de las paradojas más extremas de la Guerra Civil Española: los que habían acudido a España como antifascistas comprometidos recuperaban su libertad cuando, a medida que avanzaban las fuerzas franquistas, se iban disolviendo las instituciones de la República, entre las que se encontraban también las prisiones y los campos de prisioneros. ¿Cuántos alemanes fueron víctimas por esta vía de la persecución estalinista? Esto es algo que ya no se podrá averiguar con exactitud. Algunos no pudieron huir a Francia hasta enero de 1939 y otros nunca volvieron a aparecer.¹⁵

La República con la que tantos se habían identificado se estaba convirtiendo en algo que se pudo observar, también después de 1945, en los países de Europa del este: tras la fachada de un régimen aparentemente democrático y supuestamente pluralista se ocultaba una dictadura comunista de facto. Todavía quedaban restos de la antigua República y la conclusión de este proceso se vio truncada por la derrota de la República en el primer trimestre de 1939. Está claro que la imagen de España tras estas experiencias sufrió algunos cambios entre la opinión pública de izquierda. Mientras que, en un principio, muchos habían visto en España un rayo de esperanza, la chispa de la revolución mundial, la patria de las masas populares entusiasmadas y amantes de la libertad, ahora salían a la luz otras imágenes en las que el poder visible e invisible de la policía secreta se revelaba como una prolongación del soviético NKWD en tiempos de las purgas sangrientas. Algunos comunistas alemanes empezaron a mostrarse reticentes a raíz de estos acontecimientos; para otros, fueron el motivo por el cual abandonaron el KPD después de un proceso, con frecuencia, largo y arduo. Una idea del terror que provocaba la persecución comunista entre los afectados se refleja en la carta del funcionario del KPO y simpatizante del POUM, Karl Bräuning, quien escribió a unos amigos, tras lograr huir cruzando los Pirineos nevados en febrero de 1939: “¡Salvados! En el último segundo nos salvamos del torbellino del depósito de cadáveres que es la República española. El fascista, la muerte tras de nosotros. Lo que hemos dejado atrás desde julio del año pasado es cruento y terrible a la vez. Las imágenes de Dovstoevski sobre un depósito de cadáveres palidecen en comparación. A eso se sumaba siempre el hambre hasta el delirio. De mi antiguo yo no queda más que la mitad. Piel y huesos. Además de enfermo y totalmente debilitado. Aquí se difuminan las fronteras entre el hombre y la bestia. Se ha alcanzado el primer estadio de la barbarie. ¡Oh! Al fascismo le queda mucho que aprender de estos bandidos y encima se presentan como adalides de la cultura. En nuestros expedientes probablemente figuraba la observación: ‘Destruir físicamente por medios legales’. Y lo intentaron hasta el último momento.”¹⁶

Pero también, el destino de los que se salvaron de la persecución, en su mayoría miembros leales del KPD dentro de las Brigadas, solía estar marcado por rasgos trágicos. La euforia inicial de las primeras semanas de la guerra civil, el ambiente revolucionario que se podía sentir en parte todavía en otoño de 1936 al formar las Brigadas Internacionales, prácticamente había desaparecido ya en el invierno de 1936-1937. La organización era desoladora y se agravó por la gran diversidad de idiomas dentro de las Brigadas Internacionales, lo cual desembocó, en muchos casos, en un caos de improvisación.

¹⁵ **Patrik von zur Mühlen**, *Säuberungen unter deutschen Spanienkämpfern*, en: *Exilforschung. Ein internationales Jahrbuch*, tomo 1, 1983, p. 165ss. La cifra calculada inicialmente por mí de unas 200–300 víctimas de la persecución ha sido corregida sensiblemente a la baja; comp. **Uhl**, *Mythos Spanien*, p. 81ss.

¹⁶ Cita de **Mühlen**, *Spanien war ihre Hoffnung*, p. 167 (Tb p. 192).

Se lanzaban al frente a los voluntarios mal equipados y deficientemente formados. La alimentación era escasa y en algunos lugares, durante semanas, consistía sólo en garbanzos cocidos. El armamento era desigual e insuficiente, de modo que ni siquiera los miembros de una unidad disponían de armas de fuego y dependían de la captura, a cualquier precio, de fusiles del enemigo. La operación en Brunete, con temperaturas estivales típicas de Castilla y sin reservas suficientes de agua, así como la batalla de Teruel, con las inclemencias del invierno, casi desconocidas en Europa central, y con vestimenta inadecuada y alojamientos sin calefacción, fueron ejemplos de la dureza de la guerra. Además, los brigadistas vivían con el miedo constante a la muerte o a resultar heridos. Si esto último ocurría, podían aspirar, en el mejor de los casos, a recuperarse en algún hospital del Mediterráneo para luego ser lanzados de nuevo al frente de Aragón. Si eran hechos prisioneros, eso significaba la muerte segura, pues debido al carácter de cruzada de la contienda, prácticamente no se hacían prisioneros en ninguno de los dos bandos.

Además, la moral de las unidades se fue deteriorando rápidamente a consecuencia de las bajas constantes, que en muchos casos oscilaban entre el 20 y el 40 por ciento, y por los combates, que solían ser poco más que heroicas luchas de retirada. La realidad y el sentido de la guerra no lograban ser embellecidas por la propaganda de guerra, sobre todo, porque la ayuda soviética desde 1938 había decaído sensiblemente. El número creciente de casos de insumisión, desertión, amotinamiento y falta de disciplina se iba acumulando y provocaba las mencionadas y rigurosas medidas disciplinarias.¹⁷

En septiembre de 1938, el primer ministro, Juan Negrín, manifestó su intención de retirar a las tropas internacionales de la República, supuestamente para así restar peso al carácter internacional de la guerra. Lo cierto es que pronto se desarmaron las Brigadas Internacionales en campos de desmovilización y en gran parte fueron desplazadas a Francia. Para los ciudadanos de algunas nacionalidades, como por ejemplo los suizos o los neerlandeses, esto resultaba bastante problemático, pues al participar en la guerra de una potencia extranjera se habían convertido en perseguidos de la justicia. Y los alemanes, austriacos, italianos, húngaros y los que pertenecían a otras dictaduras o países en parte ya ocupados, se quedaban en España porque Francia no los quería acoger y no podían regresar a sus países pues les esperaban allí terribles persecuciones. Cuando las tropas franquistas alcanzaron el Mediterráneo en diciembre de 1938 e iniciaron la marcha hacia Barcelona, de tal manera que la República quedó dividida en dos, los brigadistas restantes fueron empleados de nuevo en demoledoras batallas.

Estos últimos combates desembocaron, finalmente, en una huida en desbandada a través de la frontera de Los Pirineos. El 9 de febrero de 1939, los últimos brigadistas alemanes aún en condiciones de luchar abandonaron la República española. El recibimiento que les dispensaron fue bastante desolador; en cualquier caso, diferente del que probablemente habían esperado. En el lado francés fueron desarmados por la *garde mobile* y después de largas marchas a pie fueron internados a cielo abierto tras unos muros de alambre de espino en la pequeña aldea de St. Cyprien y en la playa mediterránea de Argelès-sur-Mer. Tan sólo después de que se acumularan los casos de tifo y se produjeran las primeras muertes al cabo de seis semanas, se construyeron barracones.¹⁸ Más tarde, fueron transferidos a campos mejor equipados, como Le Vernet y Gurs, sin la más remota perspectiva ni esperanza. Al sufrimiento del internamiento se sumaron las luchas internas entre los brigadistas alemanes de la contienda española, que hicieron estallar de nuevo las diferencias existentes entre la política

¹⁷ **Hommel**, *Die Internationalen Brigaden im Spanischen Bürgerkrieg*, p. 74s, p. 90s. **Klaus-Michael Mallmann**, „Kreuzritter des antifaschistischen Mysteriums“. *Zur Erfahrungsperspektive des Spanischen Bürgerkrieges*, en: **Helga Grebing/Christl Wickert** (ed.), *Das „andere Deutschland“ im Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Beiträge zur Überwindung der nationalsozialistischen Diktatur*, Essen, 1994, p. 32ss, aquí p. 44.

¹⁸ **Mühlen**, *Spanien war ihre Hoffnung*, p. 247ss (Tb p. 286ss).

del frente popular del KPD, las diferencias ideológicas y los abusos personales. Las acusaciones recíprocas crearon un clima de caza de brujas que condujo a algunos de ellos al regreso voluntario a Alemania.¹⁹

El resto continuó en el campo de internamiento y, tras la ocupación alemana de gran parte del territorio francés y de la derrota francesa en 1940, quedaron a la merced de la Gestapo y la justicia nazi. Por lo general, fueron condenados a penas de prisión por “preparación de una alta traición”, y una vez cumplida la condena fueron trasladados a un campo de concentración. Algunos fueron reclutados a la fuerza en batallones de castigo y enviados a luchar en los frentes de la Segunda Guerra Mundial. Se estima que debido a las bajas en España, a las de los campos de internamiento franceses y alemanes, a las de la Segunda Guerra Mundial, y como a consecuencia de las condiciones de detención, del hambre, de las enfermedades y de los malos tratos, tan sólo 1200 alemanes que lucharon en la contienda española seguían vivos a finales de la Segunda Guerra Mundial.²⁰

Tras la guerra, una parte, que no llegaba en total a los 600, se concentró en la zona de ocupación soviética, que más tarde se convertiría en la RDA, la cual les resultaba políticamente más cercana debido a su orientación fundamentalmente comunista. Aquí disfrutaron de los parabienes oficiales. Muchos de ellos ocuparon cargos importantes en el Estado, el Partido y el ejército: el miembro del Comité Central, Franz Dahlem, el ministro de defensa, Heinz Hoffmann, los ministros de Seguridad del Estado, Wilhelm Zaisser y Erich Mielke, el ministro de comercio exterior, Heiner Rau, el jefe del Distrito de Rostock del SED, Karl Mewis, el principal ideólogo del SED, Kurt Hager, y muchos otros, sin contar a todos aquellos escritores y artistas ya citados. Se les equiparaba con los luchadores de la resistencia contra el régimen nacionalsocialista y disfrutaban, en muchos casos, de un trato de preferencia en cuestión de pensiones y asistencia y en cuanto a su estatus dentro de la opinión pública. Aún así, se repetían ocasionalmente los conflictos que tuvieron lugar durante la guerra de España, pues el régimen del SED no dudó en negar o retirar dicho estatus a aquellas personas que le resultaban no gratas ideológica o políticamente.²¹

Existen numerosas memorias de alemanes que lucharon en España, algunas de ellas son tomos de fascículos que recopilan los hechos y relatos de varios testigos de la época. Algunas de estas obras fueron publicadas, incluso, aún durante la guerra civil, bajo la responsabilidad de redacción de Alfred Kantorowicz. La bibliografía de memorias²² publicada después de la guerra apareció sobre todo en la RDA y fue reproducida, en parte, en el sector occidental. Por tanto, estaba igualmente sometida a los dictados de una ideología determinada, como la investigación histórica.²³ La actuación de las Brigadas Internacionales fue elevada al heroísmo y dotada de los característicos clichés heroicos. Las bajas figuran sólo reflejadas en cifras. Los miedos y la necesidad de los brigadistas, su decepción y su dolor, las heridas y la invalidez de por vida no aparecían por ningún lado, pues no se correspondían con la imagen de héroes entusiastas. El tenor de estas publicaciones más tardías era: ¡Aunque la guerra civil había terminado con la derrota de la República, la lucha continúa! Muchas veces, estos hombres que fueron a luchar a España se encontraban en una jaula de oro en la que se les honraba y celebraba, pero también eran instrumentalizados. Sobre todo, se enfrentaban a grandes expectativas de tener que explicar la guerra de España tal y como era el mito que

¹⁹ Igualmente, p. 250ss (Tb S. 289ss).

²⁰ Uhl, *Mythos Spanien*, p. 99.

²¹ Igualmente, pp. 170–180.

²² Así las publicaciones: *¡Adelante! ¡Pasaremos! Vorwärts! Wir waren durchkommen! Erzählungen, Reportagen und Dokumente aus dem Spanischen Bürgerkrieg*, Colonia, 1976. *Brigada Internacional ist unser Ehrenname. Erlebnisse ehemaliger deutscher Spanienkämpfer*, 2 vols., seleccionados e introducidos por Hans Maaßen, Frankfurt a. M., 1976. *Pasaremos. Deutsche Antifaschisten im nationalrevolutionären Krieg des spanischen Volkes*, ed. por un colectivo de autores bajo la dirección de Horst Kühne, Berlín (RDA), 1970.

²³ Horst Kühne, *Spanien 1936–1939. Proletarischer Internationalismus im nationalrevolutionären Krieg spanischen Volkes*, Berlín (RDA), 1978.

había diseñado la RDA. Con censura y vigilancia se manipularon y amañaron sus recuerdos para que se confirmara y consolidara el mito, cuidado por razones de legitimidad.²⁴

En la República Federal Alemana, los alemanes que habían luchado en España no disfrutaban de un elevado prestigio. A consecuencia de la Guerra Fría, seguían notándose las influencias de la antigua propaganda de Goebbels. Las buenas relaciones, en general, entre Adenauer y el régimen franquista, consolidaron la vieja imagen histórica según la cual los voluntarios de la guerra de España habían sido o bien aventureros, o bien mercenarios bolcheviques que luchaban contra el occidente cristiano. En cuanto a prestaciones sociales estaban desfavorecidos en comparación con los antiguos miembros de la Legión Cóndor, cuya actuación en España se tuvo en cuenta a la hora de calcular su jubilación. Solo hasta la llegada a la cancillería de Willy Brandt, quien había sido él mismo emigrante y activista político en España, se introdujeron mejoras en este sentido. Pero siguieron vigentes algunas regulaciones aisladas discriminatorias que se manifestaban, en su mayoría, en casos muy específicos en los que se trataba de problemas de regulación de la jubilación, de asistencia o de cuestiones similares. El hecho de que el puñado aglutinado de antiguos activistas de la guerra de España estuviera compuesto en su mayoría por comunistas no contribuía precisamente a fomentar la voluntad de hacerles también a ellos justicia.²⁵

Después de la desintegración de los regímenes comunistas en Europa, por una parte, y de la estabilización de la democracia en España, por la otra, la guerra de España dejó de despertar interés público por algún tiempo. Los actores de la guerra civil ya no están ahí y sus herederos políticos, los comunistas, los anarquistas y las agrupaciones de izquierda, han sido reducidos a la insignificancia. Con el fin de los partidos comunistas han caído también en el olvido sus galerías de antepasados ilustres, en las que los activistas de España ocupaban un lugar importante. Pero lo mismo ocurre con el bando contrario, por ejemplo, en la Falange y otras fuerzas en las que Franco se apoyaba. Hoy en día han quedado reducidas a sectas y sus ideologías se consideran polvorientas, incluso desde el propio sector de las derechas. El ultraderechismo actual persigue otros objetivos y se presenta de una manera completamente diferente.

Sin embargo, sería un error dar por zanjado y considerar obsoleto un tema que a lo largo de décadas ejerció una gran fascinación sobre un gran número de personas interesadas en la política y en la historia. No sólo su procesamiento literario y artístico seguirá concediéndole un lugar importante en la atención del público; no sólo los aspectos intelectuales y teóricos de nuevos modelos sociales darán pie al debate en el futuro. Está también la constelación de las áreas de conflicto que dieron a la guerra de España algo incomparable e inconfundible, además de algo paradigmático: un conflicto internacional de poder político, pero al mismo tiempo una guerra ideológica y de creencias, cuyos frentes, en cierto modo, anticipaban el conflicto mayor que estallaría poco después. Por tanto, la Guerra Civil Española tiene repercusiones para la mayor parte del resto de los países europeos, al igual que la Segunda Guerra Mundial que le siguió.

También, hoy en día vuelve a haber, o continúan concurrendo, formas de fanatismo, aunque sean de signo distinto. De igual forma, en la actualidad sigue existiendo potencial de conflicto social en todo el mundo, ambiciones y conflictos de interés político y económico. La idea de un conflicto global que adquiere la forma de una guerra civil en un país o en una región del mundo no nos resulta tan ajena. La Guerra Civil Española debería servir aquí de advertencia sobre los peligros que entraña el no abordar a tiempo esos peligros.

²⁴ Uhl, *Mythos Spanien*, p. 335ss, 355ss. Josie McLellan, *Antifascism and Memory in East Germany*, Oxford, 2004, p. 73ss.

²⁵ Mühlen, *Spanien war ihre Hoffnung*, p. 271s (Tb p. 313ss).